

HENRY ST. CLAIR WHITEHEAD

Sin testigos
y otros relatos
de terror y vudú



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Ciencia-ficción

SIN TESTIGOS Y OTROS RELATOS DE TERROR Y VUDÚ

Henry St. Clair Whitehead

1.ª edición: mayo de 2023

Título original de los relatos incluidos en esta obra:

No Eye Witness

The Chadbourne Episode

The Shadows

The Ravel Pavane

Jumbee

Sweet Grass

The Great Circle

Bothon

Traducción: *Óscar Pastor* (para el relato «El Gran Círculo»)

y *Paco Arellano* (para todos los demás relatos)

Corrección: *Sara Moreno*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

© 2023, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-9111-985-2

Depósito Legal: B-386-2023

Printed in India

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Sin testigos	13
El episodio Chadbourne	23
Las sombras	41
La pavana de Ravel	69
<i>Jumbee</i>	87
La hierba de los sueños	101
El Gran Círculo	125
Bothon	217

In memoriam: Henry St. Clair Whitehead

H. P. LOVECRAFT

Los lectores de *Weird Tales* tendrán la tristeza de conocer el deceso de este distinguido escritor, el reverendo Henry S. Whitehead, doctor en Filosofía, colaborador regular de esta revista. Su muerte ha sido consecuencia de una dolorosa enfermedad gastrointestinal que le minaba desde hacía dos años.

El doctor Whitehead, descendiente por parte de padre de una antigua familia de Virginia y por parte de madre de los plantadores escoceses establecidos en las Antillas, había nacido en 1882 en Elizabeth, Nueva Jersey. De adolescente siguió los cursos de la Berkeley School en Nueva York para acabar, en 1904, diplomado en Harvard, donde fue condiscípulo del presidente Franklin D. Roosevelt. Educado por hombres como Santayana y Münsterberger, obtuvo el grado de doctor en Filosofía. Su primer texto literario fue publicado en 1905 y, a partir de ese momento, su reputación no dejó de crecer en diversos campos de la literatura.

En 1912, tras diplomarse en la Divinity School, el doctor Whitehead fue ordenado diácono de la Iglesia episcopal; accedió al sacerdocio en 1913. De 1913 a 1917 actuó como rector de la Iglesia de Cristo en Middletown, Connecticut; más tarde, estuvo encargado de los niños de Santa María Virgen en Nueva York. Hasta 1913, fue asistente de la Iglesia del Advenimiento de Boston antes de servir como rector en la Trinity Church de

Bridgeport, Connecticut. Más tarde, fue nombre archidiácono en las Antillas, donde ya había acudido en varias ocasiones en los inviernos precedentes.

Como autor, el doctor Whitehead se especializó en la ficción, firmó igualmente algunos textos eclesiásticos. En 1923, su relato «The Intarsia Box» apareció en *Adventure*, y fue recibido con los mayores elogios por el comité de los premios O'Henry Memorial; acto seguido, otros de sus textos fueron objeto de los mayores honores. En 1927 contribuyó en el *Free Lance Writer's Handbook*, para el que escribió un artículo sobre la técnica de la escritura de ficción fantástica que se mantiene como todo un ejemplo en su género.

Los lectores de *Weird Tales* se acordarán todavía de él por la sutil, realista y tranquila potencia de los veinticinco relatos que publicó en sus páginas, lo mejor de su obra. Muy versado en el oscuro folclore de las Antillas y de las Islas Vírgenes en particular, consiguió captar la esencia misma de las supersticiones locales para trasladarlas a unos textos en los que el auténtico decorado confiere una extraordinaria veracidad. Sus relatos *jumbee*—denominados así por la frecuente introducción de una creencia típica de las Islas Vírgenes— forman una contribución permanente a la literatura espectral, mientras que su gran héroe Gerald Canevin (personaje de amplia raigambre autobiográfica) quedará inmortalizado para siempre.

Entre los mejores relatos del doctor Whitehead, citaremos «Sea Change», «*Jumbee*», «The Tree Man», «Black Tancrede», «Hill Drums» y «Passing a God»... y este último quizá representa la cumbre de su genio creativo.

Sin testigos

Había manchas de sangre en los zapatos de Edward Simon... El padre de Simon había vendido su casa de campo en Rye a la muerte de su esposa para instalarse en un apartamento en Flatbush, en esa parte residencial de Brooklyn que iba reemplazando poco a poco la pequeña zona rural presente hasta aquella época.

Manchas de sangre... y tierra vegetal... ¡en sus zapatos!

El más joven de los Simon —que tenía treinta y siete años cuando su padre contaba ya los setenta— pasaba siempre el invierno en las Antillas para volver a casa cuando llegaba la primavera. Escribía artículos de divulgación científica en revistas populares. Una vez terminadas sus visitas a diversos amigos en los fines de semana, se dirigía por lo general al apartamento de Flatbush para pasar allí un mínimo de una o dos semanas con su padre. Tenía una habitación reservada que ocupaba hasta la fecha de su marcha a un campamento de verano en los Adirondacks. En septiembre, repetía aquel mismo ciclo, terminando siempre su estancia americana junto a su padre antes de tomar un barco que le llevara a Saint-Thomas o a Martinica.

Aquel arreglo no tenía más que un único inconveniente. Tenía que hacer un largo trayecto en metro para acudir diariamente a su club en Nueva York. El club era su verdadero cuar-

tel general mientras se encontraba en Estados Unidos. Allí recibía el correo. Desayunaba en él todos los días y cenaba algunas veces. Recibía a sus amigos y efectuaba las llamadas de teléfono que necesitaba para desempeñar su trabajo. El club estaba situado en la calle 44 y debía tomar el metro hasta la estación de la avenida Church, hacer transbordo en la avenida de Kalb y luego abordar el expreso que llegaba a Times Square por el puente de Manhattan. Perdía la bagatela de cerca de cuarenta y cinco minutos cada vez que hacía aquel recorrido. Para el viejo, aquel arreglo era ideal. Se vanagloriaba de poder estar en su despacho en veinte minutos.

Para evitar los inconvenientes de las horas punta, el señor Simon padre dejaba su apartamento por la mañana temprano, a las siete en punto. Como era hombre muy ordenado, seguía todos los días el mismo método y desayunaba en una cafetería cerca de su oficina. Edward Simon, por su parte, raramente salía de casa antes de las nueve. Durante las cinco o seis semanas en las que los dos hombres vivían juntos, se veían muy poco, pese al afecto mutuo, estima y respeto que sentían el uno por el otro. Algunas veces, el padre despertaba al hijo para mantener una corta conversación matinal. Ocasionalmente, comían algo juntos por la noche o el domingo. No tenían muchos temas de conversación. Por el día, se llamaban por teléfono y hablaban brevemente. Tenían la costumbre de comer juntos en un restaurante de Manhattan el día en que Edward embarcaba para las Antillas. Cuando volvía, siete meses más tarde, su padre le honraba yendo a recibirle al muelle. Aquel estado de cosas duraba ya once años.

Debía borrar aquella sangre. ¡Sangre! ¿Cómo...?

Durante aquel período, el vecindario evolucionó considerablemente. Los solares baldíos, las pistas de tenis y la mayor parte de las antiguas casas familiares desaparecieron y fueron reemplazadas por bloques de viviendas de un gusto más que

dudoso. El barrio perdió por completo su aspecto rural que todavía presentaba cuando el viejo Simon se trasladó a él.

Una tarde, cuando estaba terminando su estancia otoñal en Flatbush, Edward Simon, tras haber cenado solo en el club, tomó la dirección de la estación de Times Square a eso de las nueve menos cuarto.

Doblada por la mitad en uno de los bolsillos de la chaqueta llevaba una revista que acababa de salir aquella misma tarde y que contenía uno de sus artículos. Se instaló a bordo del último vagón del Sea Beach Express y abrió la revista para examinar el índice en busca de su artículo. El timbre sonó, las puertas se cerraron automáticamente y el tren arrancó mientras se calaba las gafas. Empezó a leer.

Se dio cuenta de una forma vaga del movimiento de los pasajeros en las estaciones de Broadway y Canal Street, así como del paso por el puente de Manhattan debido a un cambio en la luminosidad. Marcó una página doblando una esquina y volvió a guardar las gafas de manera casi automática cuando se detenían en la avenida de Kalb. Podía efectuar aquel transbordo casi sin pensar. Sólo tenía que atravesar el andén y tomar el metro de Brighton Beach. A aquella hora, el tren no era ya un expreso y se detenía en todas las estaciones.

Una vez sentado, volvió a su lectura. No prestó ninguna atención a las paradas... Atlantic, Séptima Avenida. La parada siguiente en Prospect Park sería algo así como una señal automática, como antes lo fuera el paso por el puente de Manhattan. El ramal emergía del túnel en Prospect Park y luego penetraba de nuevo en la galería subterránea a la altura de la avenida Parkside, la siguiente estación. Luego llegarían a la avenida Church, donde siempre se bajaba.

Cuando el metro estaba llegando a esta última estación, repitió los gestos familiares de marcar la página y guardar las gafas. Con la mente totalmente acaparada por su artículo, se le-

vantó, salió del vagón, se dirigió hacia la salida de la avenida Caton y empezó a subir la escalera.

Algunos instantes más tarde, avanzaba en la dirección, familiar desde hacía ya algún tiempo, del apartamento de su padre, pensando siempre en su artículo.

Lo primero que le hizo darse cuenta de su entorno fue el cambio de atmósfera con respecto al aire viciado del metro. De manera consciente, tomó una profunda inspiración. Detectó un olor especiado de hojas mojadas. Observando con el rabillo del ojo lo que le rodeaba, le pareció que todo estaba más oscuro que de costumbre. El cruce de las avenidas Church y Caton era un rincón muy bien iluminado. Quizá algunos de los faroles se habían averiado. Levantó la vista. Los grandes árboles oscilaban por encima de su cabeza. Veía las estrellas brillando en el cielo. La Luna creciente se recortaba entre las ramas que se agitaban al favor del viento llegado del mar.

Dio algunos pasos antes de detenerse, con su mente como saliendo de un suave entorpecimiento.

Le rodeaban los altos árboles. A lo lejos, una voz de hombre, ligeramente apagada por la densidad de los bosques, cantaba alegremente una canción que no conocía. Escuchó con atención. La música le pareció extraña, y las palabras no le resultaban familiares. Escuchó más atento. El cantante se iba acercando a él. Entendió algunas palabras: «alegre», «corazón» y «descontento».

Le pareció natural encontrarse allí y, sin embargo, cuando examinó su traje marrón, sus zapatos encerados y sintió la revista en el bolsillo, notó una vaga impresión de incongruencia. ¡Recordó sonriendo aquel extraño dibujo de Aubrey Beardsley donde aparecía una mujer tocando el piano en medio de un campo de margaritas! Estaba de pie en el centro de un camino cubierto de una pátina fruto de un largo uso. El suelo estaba húmedo bajo sus pies. Sus zapatos ya estaban manchados en algunos puntos.

El cantante se acercó más a él. Se trababa, por el sonido de su voz, de un hombre joven. Cuando iba a aparecer de entre los árboles de un momento a otro, Edward Simon se sobresaltó al escuchar el sonido de unas ramas que se rompían a su derecha. El cantante dejó de cantar de manera repentina y, durante un instante, un silencio sobrenatural reinó en la zona.

Luego apareció un enorme lobo, se detuvo, se encogió para saltar sobre el cantante, en el punto opuesto a aquél donde se encontraba Simon.

Éste se quedó petrificado. Escuchó una exclamación, un rápido «¡Eh!»; luego, sonido de lucha. El lobo, aparentemente, había fracasado en su ataque por sorpresa. Luego, bruscamente, las dos siluetas, hombre y animal, aparecieron; el cantante, un individuo alto y robusto, iba vestido con una piel de antílope y golpeaba desesperadamente al animal con un cuchillo de caza, mientras que el lobo respondía con enormes restallidos de sus mandíbulas. El hombre profería breves «Eh», deteniendo hábilmente los ataques de la bestia.

Los dos adversarios se acercaron a Simon. Éste observaba el enfrentamiento fascinado e inmóvil. Bruscamente, el lobo cambió de táctica. Retrocedió para prepararse a saltar de nuevo. El joven cazador dejó caer súbitamente el cuchillo para tomar un enorme pistolón que le colgaba del cinturón. Se pudo ver un destello cegador y que el lobo se tambaleaba, doblándose sus patas bajo su peso. Una gran nube de acre olor envolvió a Edward Simon, impidiéndole ver nada; tosió con fuerza.

Pese al humo, pudo ver la mirada de sorpresa del joven cazador; vio la pistola que caía. El hombre parecía anonadado por lo que estaba contemplando.

A pocos pasos de donde se encontraba, asistía a un extraño espectáculo: la metamorfosis del animal agonizante. Los pelos de las gigantescas patas iban desapareciendo, los ojos se encogían y el cuerpo se contraía dominado por bruscos sobresaltos.

Cerró los ojos y, cuando los volvió a abrir, pudo ver al cazador inclinado sobre el cuerpo de un hombre bañado en un charco de sangre.

Al poco tiempo, aquella extraña quietud que parecía haberse apoderado de él se desvaneció y, como impulsado por un terror sin nombre, echó a correr como loco a lo largo del camino que serpenteaba entre los árboles...

Le pareció que había recorrido un corto trecho cuando algo, quizá la Luna por encima de los árboles, empezó a aumentar de tamaño para dar una luminosidad más grande. Frenó su carrera. El suelo le parecía más firme bajo los pies: ya no estaba húmedo, ni resbaladizo. Otras luces se unieron a la de la Luna. Las cosas se mostraban más claras a su alrededor y, mientras aquella luminosidad se acentuaba, los grandes árboles se fueron haciendo más imprecisos y pálidos.

Notaba el suelo duro bajo las plantas de sus pies. Levantó los ojos. Un muro de ladrillos se alzaba ante él, y algunas ventanas lo atravesaban. Bajo la cabeza. Se encontraba en una vereda.

Por encima de él, una farola oscilaba muy ligeramente bajo el efecto de la brisa. Un impreciso olor de hojas mojadas se mezclaba con la sensación de frescor proveniente del mar. La revista la tenía apretujada entre los dedos de la mano izquierda. Aparentemente, se la había sacado del bolsillo. La miró con curiosidad antes de devolverla a su sitio.

Reemprendió el camino por aquella vereda familiar y pasó ante unas fachadas que conocía muy bien. La entrada de la casa de su padre se hallaba ante él. De manera automática tomó la llave, abrió la puerta, atravesó el vestíbulo con sus paredes de mármol y subió los peldaños de la escalera. Alcanzó finalmente la puerta del apartamento y entró.

Eran las nueve y media pasadas y su padre ya se había retirado. Intercambiaron algunas palabras a través de la puerta. La

conversación terminó cuando su padre le pidió que cerrara la puerta de su dormitorio. Lo hizo, deseándole buenas noches.

Se sentó durante lo que sería un cuarto de hora en un sillón del salón mientras intentaba recuperarse. Luego, buscó en el bolsillo el paquete de cigarrillos. Había desaparecido. Recordó entonces que había querido comprar otra cajetilla mientras volvía a casa. Registró el salón, pero no encontró nada que fumar.

Se levantó y salió del apartamento ataviado con un sombrero. Deambuló por entre una poco habitual atmósfera de excitación. La gente hablaba agitada; ante la entrada de la tienda, observó que se había reunido una multitud. Ligeramente intrigado, se detuvo junto a los mirones.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó a un joven.

—Un arreglo de cuentas, creo —explicó el hombre—. Acabo de llegar. El tipo que ha sido abatido se encuentra en la tienda... al menos, lo que queda de él. Supongo que es una guerra entre bandas rivales...

Simon se alejó y se procuró cigarrillos en otra tienda. Cuando volvió a pasar ante el badulaque, la multitud había aumentado.

Sentado en el salón de su padre, se quedó fumando y reflexionando antes de irse a la cama. Extraño, pensó, lo de aquel hombre abatido; justo en el mismo momento, o casi al mismo tiempo... dejó que su imaginación se ocupara de todo aquello... ¡aquellos árboles!

Su padre le despertó a las siete menos cinco. El viejo tenía un periódico en la mano. Señaló la foto que ilustraba la primera página.

—Esto debió de pasar casi en el momento en que volviste a casa —observó.

—Sí..., los mirones se habían amontonado ante la tienda cuando salí a buscar cigarrillos —respondió Edward Simon levantándose y bostezando.

Una vez duchado, Edward se sentó para examinar el periódico. Una frase saltó ante sus ojos: «[...] el cuerpo fue identificado como el de Jerry el Lobo, un célebre gánster con un amplio expediente policial».

Luego, un poco más adelante, en el mismo artículo: «[...] una bala de grueso calibre que penetró por la mandíbula inferior y le alcanzó la base del cerebro [...] sin testigos oculares».

Edward Simon se quedó sentado un buen rato tras haber leído y releído el artículo, con el periódico caído a sus pies.

—¡Sin testigos! —murmuró.

Debía recoger las riendas de su mente. Se levantó y se dirigió lentamente al baño para afeitarse.

Mientras se ataba los zapatos, observó algo. Examinó con cuidado uno de ellos. La suela estaba recubierta de una tierra negra como la que se podía encontrar en los caminos forestales de su campamento en los Adirondacks. Vio pegadas a ella algunas hojas pequeñas, así como agujas de pino. Y en un lateral del zapato del pie derecho se distinguían unas marcas marrones que parecían exactamente manchas de sangre recién secas. Tembló y se fue con los zapatos al cuarto de baño, donde los limpió con un trapo húmedo que, a continuación, enjuagó. Se los puso de nuevo y, poco después, mandó que se los limpiasen antes de entrar en la estación del metro.

El limpiabotas le habló del asesinato de la noche anterior. No observó nada extraño en los zapatos de Simon que, una vez limpios, no mostraban la menor traza de suciedad.

Simon, aquella mañana, no hizo el transbordo de la avenida de Kalb. Se le había ocurrido una idea y se quedó en el vagón hasta el túnel del East River.

Entregó su tarjeta para que se la pasaran a Forrest, a quien conoció en la universidad y que trabajaba para el fiscal del distrito. Al cabo de algunos minutos, Forrest le recibió en su despacho.

—Quería preguntarte un detalle acerca del tema de ese gánster al que asesinaron la noche pasada en Flatbush —declaró Simon—. Supongo que eres tú quien se ocupa del caso.

—Sí, en efecto. Era un tipo bien conocido. ¿Qué quieres saber?

—Su nombre —replicó Simon—. ¿Por qué le llamaban Jerry el Lobo? Quiero decir que ¿por qué específicamente el Lobo?

—Es muy raro, Simon. Un nombre así es algo habitual. Tienes que acordarte de aquel tipo que se llamaba Goddard y que era conocido como el Lobo de Wall Street. Conocerás también al personaje de ficción llamado el Lobo Solitario, el de las novelas de Louis-Joseph Vance. Hay muchos «lobos» entre los criminales. Pero ese gánster, Jerry Goraffsky, era de origen húngaro. De hecho, su apodo era el Lobo porque, curiosamente, algunos miembros de su banda creían que podían realmente transformarse en lobo. Una extraña creencia, ¿no te parece?, si pensamos que se trata de un gánster neoyorquino.

—Sí —respondió Simon—. Realmente muy extraño. Te agradezco mucho esta información. Era algo que picaba mi curiosidad.

—Pero eso no es lo más curioso de toda esta historia —añadió Forrest, cuyo rostro se iluminó—. De hecho..., esta historia del lobo no tiene nada que ver en el homicidio, eso no nos concierne, naturalmente, como oficina del fiscal. Los criminales son tan supersticiosos como los marineros; ¡si acaso más!

»No. El verdadero misterio es algo relacionado... con la bala, Simon. ¿Quieres verla?

—Bueno..., sí; claro que sí..., si quieres enseñármela, Forrest. ¿Qué tiene de extraño?

Forrest salió de la habitación y volvió unos instantes más tarde depositando encima de la mesa de despacho una gruesa bala redonda. Los dos hombres se inclinaron sobre ella con curiosidad.

—Fíjate en su diámetro, Simon. Es una bala moldeada a mano..., ¡debería encontrarse en un museo, no en el escenario de un ajuste de cuentas entre criminales! ¡Por Dios, es el tipo de bala que se utilizaba para cazar bisontes antes de que se inventaran los fusiles Sharp! ¡Era como las que se utilizaban para cazar ciervos en tiempos de Fenimore Cooper! Haría falta un pequeño cañón para disparar una bala así. Se aplastó de llenó en la cara de Jerry. ¡Todo su cerebro quedó esparcido por la acera! Me pregunto quién podría asesinarle con un arma así. En cierto modo, es algo muy astuto. Quizá fue con un fusil robado en cualquier museo. Conozco algunos que se encuentran por la zona de la calle 14.

—Un arma de llave de chispa de un solo disparo, me parece —declaró Edward Simon.

Simon dejó la bala de plomo encima de la mesa de su amigo. Conocía algunas cosas sobre armas antiguas y modernas. Como escritor de divulgación científica, aquello formaba parte de su cultura general.

—Muy probablemente —murmuró Forrest—. Me alegra mucho tu visita, viejo amigo.

Y Edward Simon se marchó en dirección a su club de Manhattan.

El episodio Chadbourne

A mi entender, la circunstancia más afortunada del increíble asunto de Chadbourne fue que la pequeña Abby Chandler no tuviera todavía siete años la tarde en que, cuando volvió a casa de su madre, le contó la historia de la marrana y los cerditos. Era julio, y la niña, con un cubo de hojalata, había ido a recoger arándanos a la colina del Viejo Cementerio. Si hemos de creer a la señora Chandler, la niña no tenía miedo, y por eso he dicho antes que era una circunstancia afortunada: su tierna edad la había salvado de perder la razón, de mantener intacta la inocencia de su alma y la pureza de su corazón tras haber visto en el lado abrupto de la colina lo que ella describió a su madre.

Abby no había prestado mucha atención a seis o siete cerditos que se revolcaban gruñendo y corriendo para comerse la cena, porque la mirada de sus ojos azules estaba concentrada por entero en el extraño aspecto de la que les llevaba la comida: la marrana (por mencionar los términos empleados por la pequeña) tenía una cabeza de «dama...».

De repente, había una explicación natural para aquel pretendido prodigio, y fue algo que se le ocurrió en el acto a la señora Chandler. Abby podía haber estado escuchando los chismes que intercambiaban algunos habitantes de la aldea: se-

res humanos que presentaban las particularidades anatómicas de un animal; animales monstruosos que contaban con algunos aspectos humanos; bestias que habían sido matadas al nacer y enterradas en el acto. Esas historias son frecuentes en algunas de las comunidades rurales de Nueva Inglaterra, sitios donde nunca se han olvidado por completo las extrañas tradiciones traídas desde Cornualles y el País de Gales.

Chadbourne no era una excepción a la regla. En aquella antigua población del este de Connecticut, escondida entre unas colinas sembradas de bloques de granito, se hablaba frecuentemente de misas negras, de ganado embrujado, de personas marcadas. La señora Chandler sabía todo aquello, lo sentía hasta en la médula de los huesos. Antes de casarse con Silas Chandler, la mujer llevaba el nombre de Grantham, y su familia no había dejado de disminuir y degenerar a lo largo de nueve generaciones, como ocurre en todas las comunidades del estilo de la de Chadbourne, pese a los esfuerzos que hacen los miembros supervivientes de la antigua aristocracia.

Porque hay verdaderas aristocracias en Nueva Inglaterra – personas que no han olvidado el sentido de la expresión «nobleza obliga», que viven conforme a los deberes que ésta implica. En Chadbourne teníamos una familia de ese tipo, los Merritt: pasajeros del Mayflower y fundadores de Plymouth, Massachusetts, en 1620; administradores, durante varias generaciones del Darmouth College de Nueva Hampshire y del Trinity College de Hartford, Connecticut. Naturalmente, nosotros, los Canevin, originarios de Virginia, no teníamos lazo alguno de parentesco con los Merritt. Mi padre, Alexander Canevin, compró una granja situada en una de las colinas de Chadbourne en los tiempos de la guerra con España. Allí, en aquel aire puro donde reinaban los embriagadores perfumes de las flores del laurel y del helecho oloroso, pasé todos los veranos de mi tierna infancia.

Tom Merritt y yo crecimos juntos. Conforme a la tradición familiar, mi amigo estudió en Darmouth, y luego en la Facultad de Medicina de Harvard. En la época en que tuvo lugar la aventura de Abby Chandler, él era ya médico en Chadbourne. Pero, durante los cuatro años anteriores a su instalación en su ciudad natal, abrazó la carrera diplomática y ocupó diversos puestos en el consulado de Persia: primero en Jask, en el extremo sur del golfo de Omán, luego en Kut al-Imara, al sur de Bagdad, y, por fin, en Shiraz, donde consiguió algunas magníficas alfombras.

En el otoño del año anterior a aquél en el que la pequeña Abby se encontró con la «marrana con cabeza de dama», Tom, actuando en mi nombre, alquiló mi granja desde el momento en que dejé Nueva York para irme a pasar el invierno a las Antillas, según era mi costumbre. Mis inquilinos eran persas, pero aquello no tiene nada que ver con la larga estancia de Tom en su patria. Se sorprendieron mucho al saber que el ciudadano de Nueva Inglaterra que les había alquilado mi granja (gracias a un anuncio aparecido en un diario de Nueva York, donde residían) conocía bien su país y hablaba su idioma pasablemente.

Aquel hecho habría tenido que permitirles mostrarse bastante sociables. Ahora bien, por el contrario, manifestaron una enorme reserva frente a Tom y a los demás habitantes de Chadbourne. La madre y las dos hijas permanecieron literalmente enclaustradas durante todo el invierno. Cuando, por azar, se aventuraban fuera, iban totalmente arrebujadas (y muy probablemente incluso con velo), de tal modo que los habitantes de Chadbourne deseosos de ver a qué se parecían aquellas damas persas no vieron nunca más que sus contornos vestimentarios (si puedo emplear semejante término) a través de las lunas de la enorme limusina del señor Rustum Dadh.

Los habitantes de la casa comprendían, además de la madre y de las dos hijas (las tres muy corpulentas y de tez amarillen-

ta), al señor Rustum Dadh y a un par de criados: el chófer, un muchacho fuerte de hombros cuadrados, de labios delgados, aspecto fiero, que reparaba el coche él mismo y que siempre vestía una zamarra cuando conducía, y su esposa, que nunca salía de la casa.

Obtuve todos estos detalles personalmente de Tom Merritt, pues yo nunca vi a la familia de Rustum Dadh. De hecho, cuando llegué a Chadbourne en el siguiente mes de junio, poco después de su marcha, me había olvidado por completo de que hubieran existido.

Aquel verano, una noche de julio, mis antiguos inquilinos se encontraban tan lejos de mis pensamientos como era posible. Eran las nueve y me encontraba leyendo en mi salita cuando repicó el timbre del teléfono. Dejé el libro con un suspiro, descolgué el aparato y oí la voz de Tom.

—Ven a mi casa en cuanto puedas, Gerald —me dijo sin más preámbulos.

—¿Qué pasa?

—Una cosa que quizá es... de tu negociado, si es que puedo decirlo así; en todo caso, algo... que se sale de lo ordinario. ¡Ven deprisa y tráete el Männlicher de repetición!

—Voy ahora mismo.

Colgué, tomé el Männlicher colgado en el vestíbulo y me precipité hacia el garaje. Sin duda, pasaba algo anormal y enteramente nuevo en la pequeña población de Chadbourne (habitualmente muy tranquila), ¡pues Tom me pedía que me llevara el fusil! Sin embargo, mientras rodaba hacia la casa de mi amigo, concentré toda mi atención en mi conducción, porque la carretera abundaba en curvas peligrosas y yo corría a toda velocidad...

Llegué a casa de Tom ocho minutos después de haber colgado el teléfono. Viendo que había luz en la biblioteca, me dirigí a ella en el acto y encontré a mi amigo sentado en el borde de una butaca, esperándome lleno de impaciencia.

—Aquí estoy —le dije, depositando el arma encima de la mesa.

Y, acto seguido, Tom empezó a contarme su historia.

—Estoy acorralado con un parto inminente: me van a llamar por teléfono de un momento a otro... Escúchame bien, Gerald... Lo que voy a decirte es seguramente algo nuevo para ti, pese a ciertas cosas extrañas de las que ya eres conocedor (o de las que has sido testigo) en las Antillas: el vudú y todo lo demás... Se trata de un tema que conozco bien... y del que nunca le he dicho una palabra a nadie. Pero ahora estoy totalmente seguro de lo que es. Vas a tener que creerme sin que pueda aportarte prueba alguna. Puedo afirmar que soy totalmente dueño de mi razón: te lo digo porque sin duda vas a imaginarte que estoy loco si mis temores se encuentran justificados. Escúchame, Gerald...

»Truman, el hijo pequeño de Dan Curtiss, ha desaparecido hoy mismo, a la puesta del Sol. Es un muchachito de cinco años. Unos chicos que volvían de recoger arándanos de la colina donde se alza el Viejo Cementerio le vieron «en compañía de una dama».

»Ahora bien, dos corderos y un ternero desaparecieron en el transcurso de la semana pasada. Se encontraron sus restos en el mismo sitio, en la cima de la colina: dos o tres huesos, algunos restos de lana, las orejas y la cola del ternero.

»Algunos pretenden que el culpable es un gato montés, otros hablan de perros salvajes.

»Pero eso no se mantiene en pie, Gerald. Los perros que matan corderos desgarran a sus víctimas donde los alcanzan. No los arrastran hasta la cima de una colina a tres millas de distancia para comérselos. Además, se desplazan en jaurías, y no se ha visto ni el menor rastro de una banda de perros corriendo por aquí. Otra prueba en contra de esa hipótesis: los animales muertos desaparecieron por separado. En fin, los pe-

rros salvajes no atacan terneros... Ya ves, he estudiado el problema muy cuidadosamente. Y puedo decirte que la hipótesis del gato montés es igualmente rechazable. Los gatos monteses ni viven ni comen al aire libre. Cuando matan algún animal, lo arrastran hasta lo más profundo del bosque.

—Estoy de acuerdo contigo, Tom —declaré—. Yo también he oído hablar de la desaparición de varios animales; pero también me pareció entender que era algo que se venía produciendo desde hace ya algún tiempo y que había tenido lugar un recrudescimiento en el mes pasado.

—Exacto. Ese recrudescimiento puede fecharse con la marcha de tus inquilinos persas. Durante los seis meses en que estuvieron aquí, compraron corderos, terneros y gallinas vivas. Supongo que preferían matarlos ellos mismos para preparar la carne como lo hagan en su país, pero no podría afirmarlo. Lo que sí puedo decirte es que esa particularidad suscitó bastantes comentarios acerca de «los extranjeros que viven en casa de los Canevin». Ahora bien, después de su marcha, ya no se trataba solamente de terneros y corderos. Sé de una fuente segura que han desaparecido al menos cuatro perros. Además, puede que varios gatos hayan sufrido la misma suerte.

—Eso es verdaderamente curioso —porque yo no había oído nada relativo a aquel nuevo rumor.

—Y ahora, Gerald, se trata de un niño, lo que es algo excesivo para una localidad como Chadbourne. Tú nunca has vivido en Persia. Yo sí. Y voy a decirte francamente lo que pienso de este estado de cosas. Tienes que creerme, tienes que confiar en mí con una confianza ciega, para aceptar hacer lo que debes hacer esta noche, pues yo mismo no soy libre de hacerlo. Va a ser una prueba terrible para ti, pero no puedes eludirla.

»Comprendí claramente la situación algunos instantes antes de llamarte por teléfono. Yo me encontraba sentado en esta habitación, después de cenar, esperando una llamada de los

Grantham. La luz se hizo en mi mente cuando volví a pensar en la desaparición del pequeño Truman Curtiss. Nada parecido se había producido en Chadbourne desde la muerte del último indio, de lo que hace ya ciento cincuenta años. Yo nunca les había prestado atención a las historias de animales muertos y devorados en la colina del Viejo Cementerio. Hasta el cuello de trabajo como estaba, no establecí una relación de causa a efecto que, actualmente, me parece algo evidente... Pero el asunto del pequeño Curtiss me había alterado lo suficiente como para poner en marcha todas mis facultades de razonamiento y reflexión.

»Empecé por considerar la hipótesis de un rapto efectuado por vagabundos. Pero los vagabundos no se molestan en llevarse a un mocoso de cinco años para intentar cobrar un rescate.

»No, se trataba de algo distinto... ¡Maldita sea! Estaba claro como el agua de las montañas: ¡la familia de Rustum Dadh! Sí, claro, la familia de Rustum Dadh y su explicable reserva... Los animales vivos que les llevaban a su casa mientras vivieron allí... Lo que oí decir y lo que vi con mis propios ojos, en Persia, en Shiraz, en Kut al-Imara... Aquel chófer de aire fiero y su esposa, a la que nadie había visto nunca... En fin, aquella historia de la pequeña Abby Chandler...

El resto de sus reflexiones, Tom me lo dijo al oído, en voz muy baja, como si temiera que las paredes, las butacas y los libros de su comfortable biblioteca pudieran escuchar las monstruosas revelaciones que me hacía...

Cuando terminó de hablar, yo me sentí completamente turbado. Durante un largo rato me quedé mirando en silencio, con los ojos clavados en los de mi amigo, cuyas dos manos reposaban firmemente sobre mis hombros. Sin duda, yo estaba convencido de la exactitud de sus palabras. Pero los hechos que me había revelado, ¿podían realmente existir? ¡Y además en Chadbourne!

—He leído las descripciones de esas criaturas en *Las mil y una noches* —murmuré finalmente.

—Yo he visto dos de ellas —declaró mi amigo con voz tranquila—. Ahora hay que actuar sin más demora. Vamos, Gerald. Me acerqué a la mesa y tomé el fusil.

—Sobre todo —insistió Tom, acompañándome hasta la puerta—, no olvides lo que te he dicho al respecto. En cuanto las veas, dispara, y dispara a matar. No dudes, no esperes, no hables: tal es la regla que se observa en Persia. Acuérdate igualmente de las marcas que, llegado el momento, te servirán como pruebas. Porque es posible que tengas que proporcionar pruebas a quienes todavía podrían estar dedicándose a la búsqueda del pobre Truman Curtiss.

El teléfono repicó en la consulta.

Tom abrió la puerta de la biblioteca y gritó en dirección a la cocina:

—Ve a responder, Mehitabel, y diles que acabo de salir. Seguramente sea Seymour Grantham, que me llama para que atienda a su esposa... En cuanto a ti, Gerald, tienes que saber que hay dos equipos de buscadores en la cima de la colina.

Llegamos a la carrera a la puerta de la casa, ante la cual se estacionaban nuestros dos vehículos, y, mientras Tom se dirigía a toda velocidad hacia el centro de Chadbourne, yo hacía lo mismo en dirección a la colina del Viejo Cementerio, totalmente bañada por la luz de la Luna llena.

A media pendiente me crucé con el primer grupo de buscadores que volvía a la población. El segundo salía del cementerio en el momento mismo en que yo me detuve ante la verja. Era un grupo de tres hombres provistos de una linterna, de un fusil y de dos gruesos mazos. Se agruparon a mi alrededor, y el más joven de ellos, Jed Peters, tomó la palabra antes que sus compañeros. Naturalmente, según la invariable costumbre de los habitantes de Chadbourne, su primera frase no tenía nada

que ver con el asunto urgente que motivaba nuestra presencia en aquel lugar. Señalando mi fusil con el dedo, declaró con un aire de lo más interesado:

—A mí me parece que debe ser un arma de primera, señor Canevin.

—Es un Männlicher, Jed, un arma de precisión. En principio, con este fusil se podría hacer saltar la cabeza de un alfiler a más de mil metros de distancia.

Los tres hombres (uno de los cuales era el tío del pequeño Truman) no habían descubierto nada. No obstante, entraron conmigo en el cementerio sin que tuviera que pedírselo. De buena gana me habría librado de ellos, porque, por lo que me había dicho Tom Merritt, tenía que arreglar aquel asunto sin testigos. Pero me resultaba imposible echarlos. En consecuencia, me contenté con sugerirles que nos separásemos, a lo que aceptaron. Les miré alejarse hacia la izquierda con satisfacción, mientras yo me quedaba en el interior de la verja del cementerio.

Cuando no escuché más que débilmente el sonido de sus voces, me aposté con la espalda apoyada en el muro, justo enfrente del imponente mausoleo de la familia Merritt, cuyos contornos resaltaba el claro de Luna. Pero, en lugar de concentrar toda mi atención en el monumento funerario, me dediqué a recorrer con la mirada la mayor parte del cementerio..., una extensión de terreno totalmente visible, pues ascendía mediante una suave pendiente a partir de la entrada y estaba cubierta por una vegetación bastante rala. De vez en cuando, percibía fragmentos de conversación entre los tres hombres, que hablaban sin parar siguiendo el trayecto que yo les había sugerido a través del cementerio. Al cabo de veinte minutos de espera (el reloj de la iglesia congregacional había dado las diez poco tiempo antes), escuché un ligero crujido proveniente del mausoleo de los Merritt, y volví a toda prisa mi mirada en su dirección.

Ante la entreabierta puerta de bronce se alzaba una extraña silueta que podría calificar como grotesca. Pequeña y achaparrada, llevaba una chaqueta y un pantalón que parecían literalmente colgados de su cuerpo. Se veía claramente, en el claro de Luna, que aquella curiosa figura no llevaba otras vestimentas, y que las que usaba se las había echado encima a toda prisa. El pantalón caía formando un pliegue desastroso por encima de dos grandes pies desnudos; la chaqueta, desabotonada, la llevaba como de lado. Los unos y la otra estaban hechos de esa tela diagonal de color gris que se emplea para confeccionar los uniformes de los choferes. Sobre la cabeza desnuda se erizaba una espesa crin de cabellos hirsutos. Una barba de tres o cuatro semanas cubría su rostro. Alrededor de la boca amenazadora, de labios apretados, enmarcada por dos anchas y sólidas mandíbulas, los pelos negros se enmarañaban y se pegaban en lo que me pareció una mancha indistinta.

Y entonces tan siniestro personaje empezó a hablar, con una voz pastosa, gutural, contenida..., como si se esforzara por pronunciar las palabras sin abrir los labios.

—Venga..., venga aquí. Venga... Le enseñaré lo que anda buscando.

A mi mente acudieron todas las revelaciones murmuradas por Tom Merritt a mi oído. En aquel momento tenía que demostrar lo que confiaba en él, en lo que me había dicho, en la exactitud de sus informes. Aunque pocos hombres tenían que haberse encontrado ante una decisión tan grave... En el curso de unos pocos y angustiosos segundos, no pude dejar de pronunciar una corta plegaria. Luego, me di cuenta de ello, la horrible figura se fue acercando a mí.

—Venga –repetía—. Vamos, venga... Le enseñaré... lo que anda buscando por aquí.

Bruscamente, me recuperé. Deposité toda mi confianza y mi porvenir en las manos de Tom Merritt.

Me eché el fusil a la cara, apunté cuidadosamente y apreté el gatillo en dos ocasiones. Dos secas detonaciones rompieron el silencio de la noche embalsamada. Acto seguido, bajé el arma y miré cómo caía mi víctima: en su frente se abrían dos pequeños agujeros de los que manaba un chorro de sangre que iba formando una mancha oscura sobre el rostro hirsuto... Una mancha parecida a la que había observado alrededor de su boca poco tiempo antes.

Hecho. Había cometido el acto que Tom Merritt me había pedido que cometiera, implacablemente, sin titubeos, como se hacía en Persia en Shiraz, en Kut al-Imara y en Jask.

Luego, tras haber quemado mis naves (y, por lo que sabía, quizá ya fuera merecedor de la horca), me acerqué al mausoleo, me aposté en el umbral cuya puerta estaba abierta y miré en su interior.

Un terrible hedor a sangre podrida se aferró a mi garganta, y me sentí dominado por una asquerosa náusea. Pero me esforcé con obstinación en contemplar el espectáculo que se ofrecía a mis ojos. Y luego, sacudido por las arcadas, me eché el Männlicher a la cara y empecé a disparar frenéticamente contra los blancos en movimiento, hasta que nada se movió. Al lado de mis blancos había visto algo que no intentaré describir. El pobre y pequeño Truman Curtiss, a quien se vio por última vez ante la verja del cementerio «en compañía de una dama», nunca más subiría la colina, ni nunca más recogería arándanos ni en Chadbourne ni en ningún otro sitio.

Contemplé sin lamentarlo en lo más mínimo la carnicería que acababa de perpetrar en el mausoleo de los Merritt. El Männlicher es un arma de precisión...

Un ruido de pasos rápidos y el sonido de voces humanas muy nerviosas me recordaron la existencia del mundo exterior. Los tres buscadores, alertados por los disparos, acababan de aparecer en la escena.

—¿Qué es lo que ha pasado, señor Canevin?

—Le hemos oído disparar como si se hubiera vuelto usted loco.

—¡Maldita sea! ¡Gerald, ha matado a un hombre!

Soplé en el cañón del fusil para que saliera el humo, retiré el cargador vacío y luego me dirigí hacia el grupito, inclinado por encima del cadáver tendido entre el mausoleo y la verja del cementerio.

—¿Tú sabes a quién acabas de matar, Gerald? ¡Es el tipo que conducía el coche de los malditos persas! Maldita sea, Gerald, ¿es que te has vuelto loco? ¡No puedes matar a un hombre así como así!

—Eso no es un hombre —dije alejándome de ellos.

—¡Que no es un hombre! Está claro que te has vuelto realmente loco, Gerald.

—No, eso no es un hombre; os daréis cuenta fácilmente. Apretadle las mandíbulas para que abra la boca y veréis lo que quiero decir.

Como dudaban antes de obedecer aquella orden, me incliné hacia delante y apreté los músculos bucinadores de las mejillas de pómulos prominentes. La boca se abrió, y los tres hombres lanzaron todo un concierto de exclamaciones. Tom Merritt había dicho la verdad: los dientes se parecían a los de los grandes carnívoros, pero eran lisos y muy parecidos a los dientes de un tiburón. Ningún hombre había tenido nunca unas mandíbulas con aquellas dos hileras de colmillos hechos para desgarrar la carne...

—Dadle la vuelta y quitadle la ropa, para que le veáis la espalda —les dije.

El joven Peters se encargó de aquella tarea.

—¡Maldita sea! —exclamó el tío del pequeño Truman Curtiss.

A lo largo de todo el espinazo, profundamente implantada en la piel morena, se extendía una cinta de pelos negros, erizados, más largos y tiesos que los de un cerdo de buen tamaño.

Cuando hubimos contemplado aquel espectáculo sin decir palabra durante un buen rato, retomé la palabra en los siguientes términos:

—Ahora, id a ver la tumba de los Merritt, pero, os lo advierto, armaos de valor a manos llenas: aquello no es nada agradable.

Di media vuelta y les mostré el camino. Me siguieron en fila india.

De repente, Jed Peters rompió el silencio.

—Dice usted que esta criatura no era un hombre y yo le creo, señor Canevin. Pero entonces, ¡maldita sea!, si no era un hombre, ¿qué era?

—Un gul —respondí, por encima del hombro—. Y, en la tumba, hay otros diez: la madre y nueve crías. Y además los restos del pequeño Truman Curtiss...

Encontré muy penosa la tarea de mirar dentro del mausoleo por segunda vez, aunque yo fuera el autor de aquella carnicería. Pero para dos de mis compañeros, la prueba fue terrible. Eli Curtiss, el mayor de todos nosotros, se puso atrozmente enfermo. Bert Blatchford ocultó el rostro entre los brazos apoyados en el quicio de la puerta y, cuando le sacudí por el hombro por miedo a verle desvanecerse, volvió hacia mí un rostro despavorido en el que las mejillas, que solían tener un color bermejo, habían adquirido un tono plomizo.

Sólo el joven Peters mantuvo el tipo y se contentó con repetir «¡Maldita sea!» un número incalculable de veces.

Con la cabeza aplastada, las mandíbulas de músculos hipertrofiados (parecidos a los de un perro bulldog), los miembros cortos y gruesos, y el espinazo erizado con una banda de pelos negros, las crías, pese a su rostro humano, parecían más cochi-

nillos que niños humanos. Como formaban parte todos ellos de la misma camada, todos tenían el mismo tamaño, y su boca estaba ensangrentada por el innoble festín en el que acababan de participar. Yacían un poco por todas partes en la gran sala circular de paredes de mármol, en los lugares donde las balas de mi fusil les habían abatido de manera implacable.

Cerca de la entrada se encontraba la repugnante carcasa de la madre, con la boca abierta, tendida de espaldas y dejando a la vista su doble hilera de tetillas tan parecidas a las de una marrana. Todos aquellos cadáveres estaban desnudos. Un terrible hedor reinaba en todo el mausoleo y se extendía más allá de la puerta abierta. Montones de restos repulsivos sembraban el suelo.

Fue Jed Peters el primero en obedecer a mi propuesta de sepultar aquellos horrores y observar un silencio completo, hasta el fin de los días, sobre la atroz aventura que acabábamos de vivir. Fue también él quien fue en busca de las palas y los picos en el chamizo del cementerio, cuya puerta no estaba cerrada.

Trabajamos tan deprisa como pudimos y sin decir palabra. En el mismo momento en que arrojábamos las últimas paletadas de tierra para rellenar la fosa, escuchamos el ruido de un coche que subía por la colina.

—Es el coche del doctor Merritt—dije, con un tono aliviado tras escuchar atentamente durante algunos segundos.

Miré mi reloj de pulsera. Eran las doce menos cuarto de la noche.

Mientras le rodeábamos apoyados en las palas, Tom nos contó lo que sabía de los misterios de los cementerios persas, donde acechaban criaturas que se alimentaban de cadáveres, pero que preferían la carne de los seres vivientes.

Les presté mi vehículo a los tres hombres para que pudieran regresar a casa sin cansarse. Jed Peters me prometió dejarlo en

mi garaje a la mañana siguiente. Por mi parte, dejé que Tom Merritt me llevase hasta mi casa.

—Hay algo que no tuve tiempo de comentarte —me dijo mientras recorríamos la carretera sinuosa bañada por el claro de Luna—: nadie ha visto a los criados de Rustum Dadh saliendo de Chadbourne. Los miembros de la familia se fueron en tren. Los acompañé yo mismo hasta la estación, y el viejo Rustum Dadh se mostró incluso menos comunicativo que de costumbre. Cuando le pregunté si su chofer iba a volver en coche a Nueva York con todo el equipaje, se contentó con responderme con un gruñido ininteligible.

»Aquella misma tarde, fui hasta tu granja para ver si todo estaba en orden, y me encontré la limusina en el garaje, completamente vacía. Cuando me estaba preguntando lo que habría sido del chofer y de su esposa, y por qué no habían vuelto a Nueva York en coche (pues fue así como llegaron a Chadbourne seis meses antes, vi cómo se bajaba de su coche Bartholomew Wade, el dueño del garaje del pueblo. Tenía las llaves de la limusina, una carta de Rustum Dadh donde éste le daba instrucciones y el precio de un billete de autobús para que regresase desde Nueva York a Chadbourne. Su misión era llevar el coche hasta Nueva York y dejarlo allí. Y es lo que hizo aquella misma tarde.

—¿Qué dirección le dieron en Nueva York? Valdría la pena investigarlo, al menos si crees que...

—No sé qué pensar en cuanto a la participación de Rustum Dadh en todo este horrible asunto. La dirección era simplemente los muelles de la Cunard Line. No podemos afirmar de manera categórica que Rustum Dadh y los miembros de su familia pertenecieran, también ellos, a... esa terrible raza de criaturas. No poseemos más que un solo indicio: los animales vivos que se hacían llevar a tu granja; parece poco verosímil que sirvieran únicamente como alimento del chofer y de su esposa.

Por otra parte, por la población corrió el rumor de que Rustum Dadh y su chofer discutieron largamente para decidir si debían irse juntos, incluso que llegaron a enfadarse mucho al respecto. Naturalmente, eso puede ser un rumor sin fundamento. Pero se puede admitir que los dos hombres estaban deseosos de romper con la civilización y de retornar a su estado natural, aquí, en Chadbourne.

Después de todo, ¡hay tres cementerios que contienen más gente que la que hay en las calles de la ciudad! Pero, sea cual fuese el grado de culpabilidad de Rustum Dadh, ya se ha ido, Gerald, y no nos servirá de nada dedicarnos a establecer hipótesis más o menos creíbles...

Luego, con voz cansada, porque también él había tenido una noche agotadora, Tom Merritt añadió:

—Le he encargado a Jed Peters que consagre el día de mañana a limpiar la tumba de mis antepasados.

Eran las dos de la madrugada cuando al fin me acosté, tras tomar una ducha bien caliente. Me atemorizaba pasar una noche en blanco como consecuencia de la terrible prueba que acababa de sufrir en la colina del Viejo Cementerio y, efectivamente, empecé a revivir mentalmente algunos episodios.

Pero acabé por dormirme en cuanto tuve la absoluta certeza de haber cumplido concienzudamente con mi horrible tarea, sin olvidar nada... ¡Gules! No los monstruos imaginarios de *Las mil y una noches*, como los efrits o los djins, sino criaturas absolutamente reales. ¡Dios! ¡Aquellas mandíbulas..., aquellos dientes! En Persia les disparaban nada más verlos, cuando salían de sus agujeros entre las antiguas tumbas...

¡Señor! Aquellos huesecillos rojizos, medio roídos, esparcidos por el matadero... aquellos huesos no provenían del cuerpo de un animal... sino que habían sido arrancados de...

¿Podré olvidar alguna vez aquellas tristes osamentas?



Me despertó el rugido de un motor en segunda velocidad. Jed Peters me devolvía mi coche. Hacía un día radiante.

Salté de la cama y me puse un batín. Eran las siete y media. Me dirigí al garaje, y luego invité a Jed a que tomara el desayuno conmigo. Sentí un placer extraordinario al ver cómo aquel joven se comía tres huevos al plato y siete lonchas de tocino...